

EGERIA PEREGRINA EN LA CIUDAD SANTA

Egeria es la peregrina escritora que nos ha dejado como obra única la correspondencia que redactó durante su viaje a Tierra Santa. Desde la antigüedad cristiana ha legado su *Itinerario* a la Edad Media, que lo utiliza para encender su nostalgia por la patria de Jesús. Luego el *Itinerario* cae en olvido, quedando aislado en los archivos de una u otra biblioteca monástica. Pero hoy las notas de viaje de Egeria se han redescubierto «como un documento de un enorme interés para la arqueología, la historia de la fe, la historia de la liturgia, y la historia del monacato cristiano»¹.

Persona

¿Quién es Egeria? No se presenta a sí misma en su correspondencia, dirigida a personas bien conocidas: «dueñas y venerables hermanas»; «señoras mías y luz de mi vida»². Aquí son superfluos los datos personales. Sin embargo, la evidencia interna del *Itinerario* permite deducir bastante sobre la persona de su autora.

Sabemos que es de habla latina, nativa de la mitad occidental del imperio. Suele sazonar sus informes con el léxico griego propio de las comunidades visitadas, pero siempre con una nota para las destinatarias. Así por ejemplo, cuando recuerda la celebración de vigiliás en la Iglesia de Jerusalén: «Cada mañana, antes del canto del gallo se abren todas las puertas de la *Anástasis* y bajan los *monazontes* y las *parthenai*, es decir, los monjes y las vírgenes» (XXIV.1). Y en la fuente donde bautizaba Juan, se le dice a la peregrina: «La gente la llama nada más en griego *copos tu agiu Johanni*, que en latín vosotros decís: *hortus sancti Joannis*» (XV.3).

¹ Sira CARRASQUER PEDRÓS, *Primeras Madres Occidentales (siglos I-VII)*, Ediciones Monte Carmelo (Burgos 2003), p. 272.

² *Peregrinación de Egeria: Itinerarios y guías primitivas a Tierra Santa*, T. H. MARTÍN-LUNAS, Ediciones Sígueme (Salamanca 1994), III.8.



Los estudios filológicos permiten ubicar su latinidad más exactamente en la península ibérica. El «latín vulgar» de Egeria, propio de la aristocracia hispano-romana, refleja la transición hacia el vernáculo en esta región³. San Valerio, monje de Bierzo (León), escribiendo tres siglos más tarde, afirma a su vez que Egeria proviene de «las más remotas orillas del océano occidental»⁴.

Parece ser de familia noble por el mero hecho de emprender un viaje tan costoso. Es más, se considera que los transportes del *cursus publicus* puestos a su disposición eran reservados a los altos funcionarios del imperio. Las notas de universal cordialidad de los que la reciben, y la cálida y pronta acogida de monjes, obispos y ermitaños en todos los puntos de su viaje, han llevado a algunos estudiosos a suponer que Egeria es miembro de la familia imperial de Teodosio, contemporáneo de la peregrina y nativo de Galicia⁵.

Egeria insinúa, sin embargo, que las atenciones recibidas no se adscriben a título personal. Atribuye la efusiva hospitalidad que nunca le falta a dignación de sus anfitriones (V.12, XIII.2, XX.7). Los monjes de una y otra comunidad le presentan obsequios, pero así suelen hacer con todo peregrino «cuya visita les es grata» (XI.1, XXI.3). La escolta militar obedece a su vez a la costumbre universal de los oficiales. «Despedimos entonces a los soldados que nos habían prestado ayuda, conforme a las leyes romanas, mientras andábamos por lugares peligrosos» (VII.4, IX.3). Finalmente, en la visita al sepulcro del apóstol Tomás, el gesto evocado por Egeria se debe a su simple condición de peregrina, y a la bondad de su anfitrión:

«El santo obispo de dicha ciudad. . . acogiéndome con agrado me dijo: “Como veo, hija, que con religiosa intención te has impuesto el trabajo de venir a estos lugares desde tierras remotas, si lo tienes a bien te mostraremos todo lo que gustan de ver los cristianos que vienen por aquí”. Yo entonces, dando gracias a Dios y al obispo, le rogué encarecidamente que se dignase hacerlo así» (XIX.5).

Sea cual sea su vínculo con la nobleza, Egeria posee no sólo suficiencia de medios sino también un grado apreciable de cultura. Asume el liderazgo de sus compañeros de viaje y establece el tenor de los encuen-

³ Juan MONTEVERDE, «Prólogo, traducción y notas» en *Egeria: Itinerario*, Librería Parroquial (México 1954), pp. 12s.

⁴ «Carta de Valerio a sus hermanos los monjes de Bierzo en honor de la bienaventurada Egeria», en *Peregrinación de Egeria*, *op. cit.*, p. 90.

⁵ MARTÍN-LUNAS, «Introducción», en *Peregrinación de Egeria*, *op. cit.*, p. 19.

tros con los monjes (IV.3, X.1-3, XVI.7). Buena conocedora de la Escritura, adquiere la capacidad para el griego y lee la versión de los *Setenta*. Aprende a desplazarse con facilidad por la topografía física y espiritual del cercano Oriente.

San Valerio, en su panegírico, identifica a Egeria como monja, *beatissima monialis*⁶. Algunos lectores han pensando, sin embargo, limitándose a la evidencia interna, que la autora del *Itinerario* es una laica que parte para Jerusalén desde el seno de una familia cristiana. De este modo, las «venerables hermanas» avisadas en todo momento sobre los detalles del viaje, son en realidad hermanas de sangre. S. Carrasquer, sin embargo, ha aducido dos argumentos importantes a favor de la tradición recogida por Valerio. Primero, Egeria «recibe de los monjes que visita el título de “venerable”, es decir, *consagrada a Dios*». Y segundo, las exposiciones largas y detalladas sobre la catequesis, la liturgia, y los encuentros monásticos, con los que Egeria presume satisfacer el anhelo de sus lectores, apuntan a los polos de interés de personas consagradas, más que a los de una familia cristiana⁷.

Egeria escribe:

“Para conocimiento de vuestra caridad, creo de mi deber informarles cómo se celebra la liturgia todos los días en los santos lugares, pues sé bien que os gustará mucho conocerlo..” (XXIV.1).

“No imagine vuestra caridad que los monjes conversan alguna vez sobre cosa que no sea de las sagradas Escrituras y hechos edificantes de monjes antiguos” (XX.13).

¿Y no será su insistencia sobre los detalles observados por los monjes, «únicamente con las personas cuya visita les es grata», una manera de pasar un informe de buena conducta a aquéllas que se ocupan de su bienestar espiritual?

El objeto de Valerio es proponer a su compatriota como modelo de santidad para los monjes de Bierzo. Convencido del valor de la ascesis, el guía de almas enfatiza las proezas físicas de la peregrina. Sobre este terreno el hagiógrafo no prescinde de una buena base documentaria (III.1s.; XI.3s.; XIII.1). Pero sabe también que ninguna ascesis tiene sentido fuera de la intención del corazón. En el caso de esta admirable mujer,

⁶ *Carta de Valerio*, 87.

⁷ CARRASQUER, *op. cit.*, p. 273.

todo se ha emprendido «con el fin de orar y adquirir conocimiento para su propia edificación». Continúa Valerio:

“Cuando por fin empezó a mostrarse con extraordinario fulgor la claridad de la vivificante fe católica —si bien un poco tarde en el extremo occidente— la gloriosa monja Egeria, inflamada por el deseo de crecer en gracia de Dios y con la ayuda poderosa de su divina majestad, intrépida y de gran corazón emprendió un viaje inmenso por todo el mundo”⁸.

El *Itinerario*

La peregrina dice que el período de sus excursiones en Tierra Santa ha sido de «tres años completos» (XVII.1). Las fechas exactas se han establecido a partir de menciones internas, como la coincidencia de la fiesta de san Helpidio con la Pascua y la presencia de un obispo en determinados santuarios; de modo que Egeria hubiese llegado a la Ciudad Santa en 381 y salido de regreso en 384⁹.

El fruto de este viaje ha sido el *Itinerario*, que en su época gozó de una difusión amplia, si no profusa. Varios autores medievales dan constancia de disponer de un manuscrito, entre ellos Valerio en el siglo VII, un autor de Toledo en el s. VIII, y Pedro Diácono en el s. XII¹⁰.

Pedro Diácono, bibliotecario de Montecasino, aprovecha este gran recurso para escribir su propio *Libro sobre los santos lugares*. En el s. XVII, se halla todavía en Montecasino este ejemplar del *Itinerario*. Entonces se lleva al monasterio de las santas Flora y Lucila en Arezzo (Toscana), filial de Montecasino. Suprimido el monasterio en 1810 por el gobierno de Napoleón, gran parte de la biblioteca pasa a manos de una confraternidad en Arezzo. El erudito Gamurri lo encuentra aquí, cual perla cotizada, en 1884. Conocido como el fragmento o códice de Arezzo, es el único ejemplar del *Itinerario* que hoy poseemos¹¹.

El estilo de Egeria es algo descuidado y redundante, acusando el carácter de cartas escritas en tránsito¹². Pero no por eso carece de grandes

⁸ *Carta de Valerio*, 87.

⁹ CARRASQUER, *op. cit.*, p. 274.

¹⁰ MARTÍN-LUNAS, *op. cit.*, pp. 17 y 32.

¹¹ *Ibid.*

¹² Cf. MONTEVERDE, *op. cit.*, pp. 12s.

cualidades de narración, de descripción y de interés humano, adaptadas a la función testimonial del *Itinerario*.

Al comienzo del fragmento de Arezzo encontramos a Egeria en pleno ascenso al Monte Sinaí. Se ha perdido el relato del viaje de llegada, de Galicia a Jerusalén, así como los detalles sobre una primera excursión a la Palestina del Nuevo Testamento. Es decir, faltan noticias sobre una visita a Belén, Nazaret, Cafarnaúm, etc.: todas metas de peregrinación para los cristianos de la antigüedad¹³. Se puede intentar, sin embargo, la reconstrucción del itinerario en base a las noticias dadas por Valerio, Pedro Diácono y otros itinerarios primitivos:

De la parte inicial perdida. Partida de Galicia y travesía de Europa por la vía Domitia: norte de España, sur de Galia, norte de Italia hasta el puerto del Adriático¹⁴. Desembarco en Tesalónica o Constantinopla y travesía de Asia Menor en dirección de Jerusalén: Bitinia, Galacia y Capadocia (cf. XXIII.7). Finalmente, llegada y estancia prolongada en la Ciudad Santa, donde conoce a fondo a la comunidad cristiana.

Luego emprende una serie de cuatro excursiones, que terminan siempre en la capital religiosa. Se supone que la *primera* de éstas sigue las huellas del Maestro y los demás peregrinos: Galilea, Samaría, y Judea. Pedro Diácono testimonia la visita de Egeria a Galilea. Regresa a Jerusalén, descansa, y emprende una *segunda* excursión con destino al Egipto de los monjes. El encuentro de la peregrina con estos es recordado a su vez por Valerio¹⁵.

Los lectores de hoy salimos al encuentro de Egeria durante esta segunda excursión, al momento en que se dispone a volver sobre sus pasos. «Desde (el Mar Rojo) nosotros regresamos por el camino que vinimos...Volvimos a Clysma por el mismo camino y las mismas mansiones por las que habíamos ido» (VI.3s).

Ya estamos en terreno conocido, el fragmento de Arezzo. Terminada su aventura por Egipto, y «pasado algún tiempo» en la Ciudad Santa, la peregrina realiza una *tercera* excursión, con destino al Monte Nebo, sepultura de Moisés. De nuevo regresa a la capital, descansa y sale por *cuarta* vez, camino al antiguo reino del Norte, para visitar los lugares santificados por las vidas de Elías, Job y Juan Bautista.

Finalmente, a los tres años de haber llegado a Jerusalén, emprenden un lento viaje de regreso, haciendo digresiones en Mesopotamia y Asia Menor para visitar los monumentos dedicados a los patriarcas, las tumbas

¹³ *Carta de Valerio*, 88.

¹⁴ MARTÍN-LUNAS, *op. cit.*, p. 21.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 21 y 24.

de los mártires, y los conventos de los santos que aún militan en tiempos de la peregrina.

Enseñanza

Egeria es un alma devota, deseosa de empaparse de los recuerdos vivos de la Escritura. Mantiene sin embargo una reserva objetiva a la hora de exponer los hallazgos de su viaje. Antes de afirmar la autenticidad de los monumentos con ciega credulidad, se cuida de citar sus referencias, presentando las noticias de sus guías (VIII.4s, XI.2, XIV.2s, XIX.8, etc.). La prudencia de Egeria aflora sobre todo a partir del regreso de la excursión a Egipto, después de haber estado deslumbrada por más de una letanía de historietas (V.8). Su actitud se nota en pasajes como el siguiente, referente al lugar donde la esposa de Lot se convirtió en estatua de sal:

“Pero creedme, venerables señoras, que ya no se ve la estatua; sólo se muestra el lugar donde estuvo porque, según dicen, ha quedado sumergida en el mar Muerto. Cierto, cuando mirábamos a aquel lugar, no veíamos ninguna estatua. Por tanto, no hay posibilidad de engaño en este asunto” (XII.7).

Y cuando visita la sepultura de Moisés, parece irresuelta la tensión entre el deseo de creer y la objetividad innata de la peregrina:

«Llegamos a la cima del monte Nebo, donde hay ahora una iglesia... Dentro, donde está el púlpito, me fijé en un lugar un poco más alto, con las mismas dimensiones que suelen tener los sepulcros. Pregunté a aquellos santos qué era aquello y respondieron: “Ahí pusieron los ángeles al santo Moisés”.

Está escrito: *Nadie hasta hoy conoce su tumba.* (Dt 34,6). Ciertamente fue enterrado por ángeles. Los que nos han precedido en este lugar nos lo enseñaron tal como nosotros lo referimos» (XII.1-2).

Egeria sabe complementar el fervor con la precaución, la fe con el cuestionamiento, y precisamente porque se guarda siempre este equilibrio de espíritu, el *Itinerario* presenta un alto valor de testimonio.

Cuando visita el valle de Corra del Jordán, se atreve una vez más a importunar a sus guías. «Entonces yo, que soy tan curiosa, empecé a preguntar qué valle era éste donde aquel santo monje se había hecho su eremitorio.» (XVI.3). Gracias a la inteligencia despierta de nuestra monja, a

su capacidad de asombro, gratamente infantil, unida a la madura posesión de sí, el lector queda con la impresión de que los santuarios relucen con su visita. ¿Cuál es el secreto de su entusiasmo, y de la chispa que deja en los lugares que ha visitado para edificarse?

El secreto del peregrinar de Egeria es la persona humana. Este es el tesoro que ella descubre envuelto en el monumento, el culto, y el recuerdo. Es el hombre y la mujer de vida íntegra, cuyo hábito sigue difundiendo por el tejido moral de los santuarios. Leamos:

“En la cima propiamente dicha del monte central no vive nadie; no existe más que la iglesia y la gruta donde estuvo el santo Moisés” (III.5).

“Pregunté también dónde estaba el pozo del que el santo Jacob daba de beber al ganado que apacentaba Raquel, la hija de Labán el sirio... Cuando llegamos dirigió la oración el obispo, leímos el texto correspondiente del *Génesis*, rezamos un salmo apropiado al lugar, oramos de nuevo y terminamos con la bendición del obispo” (XX.11, XXI.1).

El sentido de la peregrinación de Egeria es el encuentro, y por eso su itinerario de contactos con el pasado se abre espontáneamente al hallazgo de sus hermanos en la fe. Atendamos sus noticias en la provincia de Cilicia, camino de regreso:

“Junto a la iglesia (de santa Tecla) no hay más que eremitorios de hombres y de mujeres. Allí me encontré con una amiga muy querida, elogiada de todos en oriente: la santa diaconisa Marthana. Yo la había conocido en Jerusalén cuando ella fue por devoción siendo directora de los monasterios de *aputactitas* o vírgenes. Me sería imposible describir la mutua alegría al vernos” (XXIII.3).

Esta es la grata sorpresa que le espera en el camino: habiendo comenzado como forastera, Egeria termina como amiga. No puede ser de otra manera, porque su itinerario le ha descubierto el parentesco común entre griegos y latinos, entre todos los hermanos.

El personalismo de Egeria, su atracción hacia todo lo humano, explica la extensión con que se trata la vida y liturgia de la comunidad. Estas páginas se abren como una veta de tradiciones que permite trazar la continuidad entre la Iglesia de hoy y de ayer. Abundan los detalles sobre la catequesis, la liturgia de las horas, la observancia de cuaresma, las vigiliias, las procesiones, y la variedad de carismas que adornan la Jerusalén cristiana.

Las descripciones del ciclo litúrgico hacen del *Itinerario* “una de las mejores fuentes de información, si no la mejor, sobre la liturgia de Jerusalén, la más concreta y definida de toda la Iglesia del siglo IV”¹⁶. Sin ceder un punto al fervor del neófito, Egeria participa en la larga procesión del Domingo de Ramos con ramos de palma y de olivo, y con especial presencia de niños. Todos están presentes desde la hora de *nona* hasta muy tarde (XXXI).

Después de una celebración tan larga, el ardor de los fieles sigue en aumento durante la Semana Mayor. Se inicia la solemnidad del Triduo con la procesión nocturna del Jueves Santo, que parte del Monte de los Olivos:

“Desde allí bajan andando, incluso los niños pequeños, hasta Getsemaní. Acude muchísima gente... Después de esto caminan a la ciudad cantando himnos y llegan a la puerta a la hora en que un hombre apenas puede distinguir a otro. Desde allí, todos, sin faltar uno, mayores y menores, ricos y pobres, cruzan la ciudad. Esta noche todos asisten a las vigiliás hasta que es de día” (XXXVI.2s.).

A pesar del cansancio, efecto de ayunos y vigiliás, todos los fieles se encuentran raptos en contemplación el viernes por la tarde:

“Es de admirar el sentimiento y llanto de todo el pueblo a continuación de cada lectura y oración. Nadie, ni grande ni chico, deja de llorar lo indecible durante estas tres horas en aquel día por lo mucho que el Señor sufrió por nosotros” (XXXVII.7).

El sábado comienza de nuevo con vigilia, pero sólo para los más fuertes. Luego en la tarde el pueblo se ocupa de preparar la vigilia pascual. Esta vez la ceremonia no tiene sorpresas para Egeria, pues todo se desenvuelve como en Occidente. «Añaden solamente esto: los niños, después de bautizados y con vestiduras nuevas, van procesionalmente con el obispo hasta la *Anástasis*» (XXXVIII.1).

Así como las celebraciones pascuales evocan la más viva manifestación de la Jerusalén cristiana, también los desvelos y el derroche de recursos de Egeria demuestran que Jesucristo se ha convertido en el destino de una historia particular. La enseñanza central del *Itinerario*, por tanto, más que presentar un reportaje de la antigüedad cristiana, es la de

atestiguar el lugar donde el tiempo, el espacio, la historia universal y la historia particular se dan cita. El Lugar de encuentro es Jesucristo: Dios encarnado según el credo niceno que Egeria ha abrazado. Al confesar al Peregrino de Nazaret como «Cristo, Dios nuestro», la fe de Egeria se abre para reconocer que aquel que guió al pueblo santo por las soledades del Sinaí, es el mismo que vela sobre cada paso de su itinerario personal. Dios soberano e inmanente es quien enciende sus deseos de peregrinar, a la vez que asegura el feliz término del viaje:

“Pasado algún tiempo, por voluntad de Dios me vinieron deseos de llegarme a Arabia, al monte Nebo...” (X.1).

“Al día siguiente, llegué por mar a Constantinopla y di gracias a Cristo, nuestro Dios, que a mí indigna y sin mérito alguno, se ha dignado conceder la gracia inmensa de querer ir a lugares tan deseados y de volver felizmente a Constantinopla” (XXIII.8).

Un alma sin afectación, de vigor juvenil, Egeria es madre de la fe y modelo para caminantes cristianos.

Monasterio Nuestra Señora de los Andes
Mérida
VENEZUELA